

MONS. ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

**«EVANGELIZADORES
CON ESPÍRITU»**



«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

Imprime:
Gráficas Carpintero, S. L.
Ctra. de Alcolea, s/n.
Sigüenza

Foto portada: Vidriera Cátedra de San Pedro. Vaticano.



MONS. ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ
Obispo de Sigüenza-Guadalajara

**«EVANGELIZADORES
CON ESPÍRITU»**

CARTA PASTORAL

Septiembre 2017

Índice

INTRODUCCIÓN	7
I. “EL SEÑOR HA ESTADO GRANDE CON NOSOTROS...” (Sal 125, 3).....	10
1.1 Bicentenario de la fundación de los Hermanos Ma- ristas	11
1.2 Noventa aniversario de la llegada de las RR. Adora- trices a la diócesis	12
1.3 Visita de la Imagen peregrina de Fátima	13
1.4 Asamblea sacerdotal	15
II. “OJALÁ ESCUCHÉIS HOY SU VOZ...” (Sal 94, 7)	17
2.1 El pasado ya no existe	18
2.2 Cambios profundos en todos los ámbitos de la vida	19
2.3 El relativismo y subjetivismo hacen difícil encontrar la verdad	21
2.4 Repercusión de estos criterios en la vivencia de la fe	24

III. “TE RECUERDO QUE REAVIVES EL DON DE DIOS QUE HAY EN TI...” (2Tim 1,6)	27
3.1 Llamados a la santidad	28
3.2 Profundizar en el misterio de la Iglesia	31
3.3 Actuar con conciencia misionera	34
3.4 Evangelizados para poder evangelizar	37
3.5 No basta creer, es necesario vivir la fe	40
3.6 Sembrar sin esperar los frutos de la siembra	43
3.7 En todo momento amor y compasión	46
IV. “ID PUES Y HACED DISCÍPULOS...” (Mt 28,19)	50
4.1 Renovar la comunidad cristiana	51
4.2 Revisar los procesos de iniciación cristiana	53
4.3 Ofrecer una formación y catequesis que ayude a la conversión	55
4.4 Garantizar la continuidad de la formación cristiana en niños y adolescentes	57
4.5 Buscar nuevos caminos para la catequesis	59
4.6 Cuidar la preparación para el Sacramento del Matrimonio	63
CONCLUSIÓN	67

||
—

||
—

—
||

—
||

«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

Introducción

La preocupación por el impulso de la nueva evangelización ha estado presente durante estos años en la mente y en el corazón de sacerdotes, religiosos y cristianos laicos. Siguiendo las indicaciones de los últimos Pontífices, en nuestro Plan Pastoral¹ hemos planteado la necesidad de ahondar en la relación con Dios, en la comunión eclesial y en el impulso de la actividad caritativa para dinamizar la evangelización.

En este sentido el cuidado de la oración y de la relación con Dios, como fundamento de la vida cristiana y de la actividad pastoral, está presente de forma transversal, durante estos años, si bien, no le hemos dedicado la atención que el Plan Pastoral nos pide y que la realidad de indiferencia religiosa demanda de cada bautizado, para vivir con gozo la propia vocación y para crecer en la adhesión a Jesucristo.

Después del oportuno diálogo y reflexión con los Vicarios, con los Delegados diocesanos, con los miembros del Consejo Pastoral Diocesano, con los sacerdotes del Consejo del Presbiterio y del Colegio de Arciprestes, he llegado a la conclusión de que el próximo curso pastoral hemos de dedicarlo

¹ DIÓCESIS DE SIGÜENZA- GUADALAJARA, Plan Pastoral Diocesano 2014-2018. *El amor de Cristo nos urge.* (2Cor 5,14).

«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

a **revisar nuestra vida espiritual**, teniendo presente que la misión evangelizadora nace de la intimidad con Cristo.

Si no profundizamos en el conocimiento y en la relación con Jesucristo por medio de la escucha de su Palabra, la oración personal, la liturgia y la piedad popular, corremos el riesgo de construir la casa sobre arena². En la relación con el Señor no sólo experimentamos la llamada de Dios a la perfección, a ser discípulos y testigos de su salvación, sino que descubrimos también la urgencia de ser prolongación de su amor para todos los hombres.

Con esta Carta Pastoral, además de invitaros a escuchar la voz de Dios desde la contemplación de la realidad y desde el análisis de los signos de los tiempos, me atrevo a proponer algunos aspectos de la identidad cristiana que deberían ayudarnos a todos los bautizados a crecer en la identificación con Cristo, en el amor a la Iglesia y en su misión evangelizadora.

Teniendo en cuenta los retos que las constantes transformaciones sociales, familiares y culturales nos plantean para la transmisión de la fe a niños, jóvenes y adultos, en el último capítulo de la carta presento algunas realidades pastorales, en las que deberíamos fijarnos especialmente para invitar y convocar a los alejados, para renovar la fe en todos los bautizados, para ayudar a las familias a asumir su responsabilidad en la transmisión de la fe y para experimentar el gozo de la nueva etapa evangelizadora.

² Cf. Mt 7, 24-27.

MONS. ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

A imitación del Buen Pastor, que da la vida por las ovejas y les ofrece buenos pastos, conducidos por el Espíritu hemos de superar las tentaciones del cansancio, del desánimo y de la mundanidad para salir con nuevo ardor misionero al encuentro de quienes viven en las “periferias”, sin descuidar el acompañamiento y la atención pastoral de quienes permanecen en el redil.

I. “El Señor ha estado grande con nosotros...” (Sal 125,3)

Cada día son muchos los acontecimientos y las celebraciones que nos impulsan a dar gracias a Dios por los dones recibidos de su mano bondadosa. En distintos momentos del curso pastoral, hemos elevado la acción de gracias a Dios porque ha estado grande con nosotros³ y porque nos ha mostrado su presencia en el testimonio de muchos hermanos que vivieron y viven con entrega incondicional su vocación cristiana.

Cuando detenemos el paso y nos paramos a contemplar las maravillas de Dios, experimentamos la necesidad de darle gracias porque nos precede siempre con su gracia y nos muestra su amor incondicional. En medio de las limitaciones personales y de las contrariedades pastorales, siempre tenemos motivos para darle gracias pues descubrimos que Él hace germinar y crecer la semilla, mientras nosotros dormimos⁴.

³ Sal 125, 3.

⁴ Cf. Sal 126, 2.

1.1 Bicentenario de la fundación de los Hermanos Maristas

Entre los principales acontecimientos eclesiales vividos en la diócesis durante el curso pasado, es preciso resaltar la celebración del bicentenario de la fundación de los Hermanos Maristas por San Marcelino Champagnat. Este joven sacerdote francés, al constatar que muchos niños y jóvenes no podían recibir la necesaria formación humana, intelectual y cristiana, se reúne con un grupo de jóvenes, a los que hace partícipes de sus inquietudes y proyectos.

A pesar de las críticas y de la escasez de recursos económicos, este grupo de hermanos, desde la inquebrantable confianza en Dios y en la protección de la Santísima Virgen, pone en marcha un proyecto educativo mediante el cual pretenden sacar a la luz las potencialidades y los talentos que cada niño lleva escondidos en su corazón.

En la ciudad de Guadalajara y en otros lugares del mundo, hoy, muchos niños siguen recibiendo una educación de calidad y una buena formación cristiana, gracias a la entrega y al sacrificio abnegado de quienes mantienen vivo el carisma de San Marcelino. Con su constante renovación espiritual e innovación académica, los Hermanos Maristas, fieles a la misión recibida del Señor, están haciendo posible que los alumnos de sus colegios crezcan como personas sólidas en principios y valores para ser buenos ciudadanos.

A todos los bautizados debería guiarnos siempre en la

vida espiritual y en la actividad pastoral el lema de San Marcelino, que sigue siendo hoy el lema de la Congregación de los Hermanos Maristas: “Todo a Jesús por María, todo a María para Jesús”. Este lema, que es todo un proyecto de vida, nos invita a poner la confianza en Jesucristo y a dejarnos guiar por la humildad, disponibilidad y prontitud de la Buena Madre en la búsqueda de la voluntad de Dios y en el servicio a los hermanos.

1.2 Noventa aniversario de la llegada de las RR. Adoratrices a la diócesis

El curso pasado celebrábamos también los noventa años de la llegada a la diócesis de las Hermanas Adoratrices. Muchos hemos tenido la oportunidad de participar en alguna celebración religiosa o en los actos organizados por ellas para agradecer a Dios y a la sociedad de Guadalajara lo vivido y celebrado durante tantos años de presencia entre nosotros.

Si nos paramos por un instante a contemplar el pasado, podemos constatar que miles de niños de la ciudad de Guadalajara y de nuestros pueblos -algunos en situación de riesgo- han experimentado el cariño, los desvelos, la entrega y el acompañamiento diario de las Hermanas. Mediante la cercanía y comprensión, les han ayudado a descubrir su vocación y a vivirla de forma consciente y responsable en la Iglesia y en el mundo.

A esta acción de gracias de las Hermanas Adoratrices, se han sumado también algunas instituciones civiles de la

Provincia, así como los antiguos alumnos y las familias de los niños que, en la actualidad, reciben formación en su colegio, aprendiendo a poner a Jesucristo como fundamento de su existencia y descubriendo la necesidad del servicio a los hermanos en los distintos ámbitos de la vida.

Impulsadas por su profunda devoción al Santísimo Sacramento, las Hermanas Adoratrices, a pesar de la escasez de vocaciones, continúan adaptándose constantemente a las necesidades de los tiempos en el campo educativo y en el acompañamiento formativo de los alumnos y de sus familias. Al dar gracias a Dios con ellas y por ellas, le pedimos también que siga iluminando y acompañando cada día con los dones del Espíritu su impagable servicio a la Iglesia diocesana y a la sociedad.

1.3 Visita de la imagen peregrina de Fátima

Con ocasión de la celebración del centenario de las apariciones de Fátima, durante el mes de mayo, una imagen peregrina de la Santísima Virgen ha recorrido nuestra Diócesis, visitando parroquias, monasterios, colegios, residencias y arciprestazgos. La acogida gozosa y creyente de todos los diocesanos y la oración ferviente al Padre, por medio de María, nos ha permitido profundizar en la devoción a la Madre, agradecer el don de la fe y retomar con renovado ardor la misión que el Señor nos confía en este momento de la historia.

El mensaje de la Santísima Virgen a los pastorcillos de Fátima es una constante invitación a descubrir, sintonizar y

«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

seguir la hora de Dios en los distintos acontecimientos de la historia. Este descubrimiento de los tiempos de Dios nos permite abrir la mente y el corazón al cumplimiento de su voluntad y nos da la seguridad de que sus proyectos de amor sobre nosotros y sobre la humanidad llegarán a la plena realización.

La contemplación de la presencia de la imagen, su cercanía y el cariño de la Santísima Virgen a cada uno de sus hijos, además de recordarnos que tenemos una Madre que acompaña, en todo momento, nuestra peregrinación hacia la casa del Padre, nos ayuda a experimentar que los poderosos y sabios de este mundo no podrán entender nunca los secretos de Dios, pues Él se revela a los humildes. Quienes fundamentan su existencia en la arrogancia, la autosuficiencia y la vanidad están incapacitados para asumir el encargo que María nos hace en el Evangelio, cuando nos invita a hacer lo que su Hijo nos diga⁵.

El viaje del Santo Padre a Fátima, como “peregrino en la esperanza y en la paz, con María”⁶, para orar ante la Madre y para canonizar a Francisco y Jacinta, es una llamada a poner en práctica los mensajes del ángel y de la Santísima Virgen a los pastorcillos. En estos tiempos de divisiones, odios y enfrentamientos entre los hijos de un mismo Padre, todos necesitamos avanzar en nuestra conversión y en la súplica confiada a nuestro Dios para que la paz se haga realidad en todos los pueblos de la tierra.

⁵ Cf. Jn 2, 5.

⁶ Cf. *Con María, Peregrinos en la esperanza y en la paz*. Lema para la Peregrinación del Papa Francisco al Santuario de Fátima en el Centenario de las Apariciones. Mayo 2017.

1.4 Asamblea sacerdotal

Todos somos conscientes de que las transformaciones sociales, culturales y religiosas experimentadas durante los últimos años en España están influyendo profundamente en los criterios y en los comportamientos pastorales de los sacerdotes, religiosos y cristianos laicos. Para vivir con gozo la misión evangelizadora en medio de tantas transformaciones, necesitamos hacer silencio, adentrarnos en nuestro interior y renovar la respuesta al seguimiento y a la identificación con Cristo.

Con este motivo, los sacerdotes hemos celebrado el año pasado tres encuentros en un clima de fraternidad, de comunión y de gratitud a Dios por el don del ministerio sacerdotal. Además de invocar en cada jornada la acción del Espíritu Santo, hemos dado gracias a Dios porque nos ama, nos ha elegido, cuida de nosotros y nos alimenta con su Palabra y con el Pan de la vida, para que experimentemos en todo momento la gozosa misión de servir a todo el Pueblo de Dios.

Las aportaciones de estos encuentros nos han ayudado a descubrir que, a pesar de las dificultades, los tiempos actuales son tiempos de gracia y de salvación. Esto nos obliga a afrontar con valentía y decisión las tentaciones de la mundanidad, del individualismo, del conformismo y de la rutina pastoral para ser portadores de Cristo y para actuar siempre con entrañas de misericordia, dejando que el Señor realice su obra en nosotros y en la sociedad.

«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

Acogiendo las indicaciones de la última asamblea, he invitado a D. Juan María Uriarte para que nos ilumine con sus enseñanzas en los próximos encuentros. Por eso, en el próximo curso pastoral pro seguiremos el trabajo iniciado e intentaremos llegar a conclusiones operativas en lo referente a la formación humana, espiritual, pastoral y doctrinal, que nos permitan crecer en la conversión a Dios, en la renovación espiritual y en el mejor servicio a los hermanos.

En todo momento hemos de levantar la mirada y el corazón a Dios para que Él, mediante la acción del Espíritu Santo, nos ayude a no ser espectadores pasivos de la realidad y a tomar conciencia de nuestra misión en este momento de la historia. En comunión con Jesús, hemos de salir al encuentro de cada persona para compartir sus esperanzas y sufrimientos, para hacerle el bien y ofrecerle la curación de sus dolencias en nombre de Dios.

II. “Ojalá escuchéis hoy su voz...” (Sal 94, 7)

Dios se hace presente en la vida de los hombres por medio de la Palabra, de la celebración de los sacramentos y del testimonio de los hermanos. Pero, también nos habla a través de los signos de los tiempos, en cada hombre y en cada acontecimiento.

La profunda crisis de fe y de esperanza que experimentamos en Occidente y, más concretamente en España, tiene que interrogarnos: ¿Qué es lo que ha sucedido durante las últimas décadas para que millones de personas hayan dado el paso al ateísmo práctico y a la indiferencia religiosa, olvidando sus raíces cristianas?

Sin duda, el relativismo, el subjetivismo y los procesos de secularización de la sociedad influyen de forma decisiva, pero no deberíamos olvidar que la falta de fe proviene también del individualismo, del materialismo y de la falta de amor. Las dificultades para amar a los demás y la incapacidad generalizada del hombre de hoy para levantar la mirada al cielo, debido a una concepción de la persona basada en las urgencias y en la comodidad, hacen muy difícil creer.

Si tenemos en cuenta la influencia de los criterios culturales, ideológicos y políticos en la vivencia de la fe y en los comportamientos sociales de muchos bautizados durante los últimos años, podremos comprender la necesidad de actuar con nuevo ardor misionero y de buscar nuevos métodos pastorales para poder evangelizar en la realidad actual.

2.1 El pasado ya no existe

En la historia de la Iglesia constatamos que, a lo largo de los siglos, ha habido etapas de un gran fervor religioso a las que han seguido otras de una profunda crisis de fe. Cuando se producen estas crisis, experimentamos el alejamiento del Dios verdadero y la adoración de los ídolos, aunque éstos sean incapaces de ofrecer esperanza y salvación.

Muchos de nosotros venimos de unos tiempos en los que la vivencia de la fe cristiana era algo normal en la mayor parte de los ciudadanos. Los valores cívicos, la convivencia fraterna y el respeto a las ideas de los demás eran asumidos por los miembros de la sociedad con total normalidad. La fe, la oración y las principales convicciones religiosas se transmitían y vivían en el seno de la familia, “pequeña iglesia doméstica”.

En tiempos, aún recordados por muchos, los abuelos y los padres asumían responsablemente el compromiso bautismal de ayudar a sus hijos y nietos a conocer la fe de la Iglesia en la que ellos habían sido bautizados. Esta fe, alimentada con la práctica de los sacramentos y la oración en fami-

lia, orientaba las relaciones familiares y la convivencia social.

En la formación cristiana de los más pequeños, la familia no se encontraba nunca sola. Contaba en todo momento con la colaboración gozosa de los sacerdotes y catequistas, así como con el impagable servicio de los maestros. Las verdades fundamentales de la fe, transmitidas en la familia, eran desarrolladas en la catequesis y en la escuela con el estudio del catecismo y de la historia sagrada. El mismo entorno social influía grandemente en los comportamientos cívicos y en los descubrimientos religiosos de los niños y jóvenes⁷.

2.2 Cambios profundos en todos los ámbitos de la vida

Durante las décadas de los sesenta y setenta, como ya predijo el Concilio Vaticano II, tienen lugar en toda Europa cambios sociales, culturales y políticos que influyen profundamente en las ideas, en las creencias y en los comportamientos religiosos y sociales de muchos bautizados. Estos cambios, en ocasiones, han provocado una profunda crisis de valores religiosos y de comportamientos cívicos.

Muchos españoles, además de recibir la influencia de los postulados defendidos por quienes impulsaron la revolución de mayo de 1968, tuvimos que afrontar también la transición política y la aplicación de las enseñanzas del Concilio

⁷ Este breve apunte sobre los comportamientos religiosos de los españoles, hasta finales de la década de los cincuenta del siglo pasado, sólo pretende constatar una realidad que muchos cristianos hemos vivido y que ha marcado nuestra forma de ser, de pensar y de actuar. No entro, por lo tanto, a analizar ahora si aquello era lo mejor o no, pues no es ese el objetivo de la Carta Pastoral.

«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

Vaticano II, de cuya clausura acaban de cumplirse los cincuenta años. Como consecuencia de ello, bastantes católicos maduraron en una fe más personal, superando la fe sociológica. Otros, por el contrario, no pudieron superar la crisis provocada por las enseñanzas conciliares y por las nuevas orientaciones políticas y sociales.

En esta realidad de confusión y desconcierto, algunos grupos sociales y políticos, con el pretexto de romper con el pasado, abandonaron la fe y las prácticas religiosas por considerarlas un lastre para la vivencia de la libertad y para el progreso social. Es más, no dudaron en criticar las enseñanzas y comportamientos de la Iglesia sin tener en cuenta lo recibido de ella, sin analizar a fondo la motivación de sus decisiones y sin valorar su impagable servicio durante la transición política.

En el seno de la Iglesia comenzaron a surgir divisiones y críticas internas que provocaron rupturas en la comunidad eclesial y en la vivencia de una fe que, en muchos casos, ya no se apoya en la Sagrada Escritura y en las enseñanzas de la Iglesia. Algunos hermanos, en vez de dejarse juzgar e iluminar por la Palabra de Dios en sus actuaciones, pretendieron hacer de la misma una justificación de sus criterios o de su ideología.

Como consecuencia de estos planteamientos, paulatinamente crece la incultura religiosa, disminuyen las vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa, se alejan de la Iglesia algunos bautizados y descende paulatinamente el número de

practicantes. En ocasiones, algunos pretendieron poner los medios para la creación de una Iglesia paralela al margen de la jerarquía y de las enseñanzas evangélicas.

2.3 El relativismo y subjetivismo hacen difícil encontrar la verdad

En nuestros días se detectan algunos grupos sociales deseosos de impulsar un laicismo militante y de implantarlo en la convivencia social. Con ello pretenden, entre otras cosas, arrinconar la vivencia de la fe y las mismas prácticas religiosas al ámbito privado de la conciencia de cada uno, sin repercusión alguna en la vida pública.

Creyentes y no creyentes estamos profundamente afectados por los criterios culturales del individualismo, del relativismo y del subjetivismo. Para muchos hermanos ya no existen verdades absolutas y objetivas, a las que referir los comportamientos humanos. La genuina libertad se confunde “con la idea de que cada uno juzga como le parece, como si más allá de los individuos no hubiera verdades, valores, principios que nos orienten, como si todo fuera igual y cualquier cosa pudiera permitirse”⁸.

Esta visión de las cosas hace posible que el ser humano sea percibido como un medio o un instrumento al servicio de los propios intereses. Se utiliza a las personas cuando su colaboración es necesaria y se aparcan después de pisotear su

⁸ FRANCISCO, Exhortación Apostólica, *Amoris laetitia*, (2016), n. 34.

«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

dignidad y sus derechos fundamentales. Como todo es relativo y no existen valores absolutos, cada miembro de la familia humana puede ser visto como una isla que se construye a sí misma de acuerdo con los propios deseos, considerados con carácter absoluto, y, por tanto, sin tener en cuenta a los restantes compañeros de camino.

En este ambiente de subjetivismo, la misma idea de Dios también es relativa. Lo que diga la Biblia sobre Él o la Tradición de la Iglesia tiene un valor relativo. Se asume lo que interesa y se desecha lo que no coincide con los propios deseos. Esta utilización del Dios verdadero puede llegar incluso a la sustitución del mismo por los ídolos de la ideología política, del dinero, del sexo y del poder. Las intervenciones del Magisterio de la Iglesia, aunque estén ajustadas a las enseñanzas evangélicas y morales, pueden criticarse y despreciarse porque no justifican la propia ideología, basada en el gusto, el deseo o en el capricho.

Algunos cristianos han difundido la idea del “progresismo” religioso, importándola de los esquemas políticos, pero sin detenerse a examinar el significado de esta palabra. Entre estos bautizados, la actitud más común es la de pretender ser cristianos por lo libre, sin tener en cuenta la pertenencia a la Iglesia y sin tomar en consideración que el seguimiento de Jesucristo exige, ante todo, que Él sea el centro de la existencia y el faro que ilumine los comportamientos personales en cada momento de la vida.

Esta organización social, como si Dios no existiese, crea

grandes dificultades para la vivencia de la fe y para la transmisión de la misma a los no creyentes y a las nuevas generaciones. Estas dificultades se multiplican cuando descubrimos la incapacidad de muchas personas para pararse, hacer silencio y escuchar la voz de Dios. Como consecuencia de ello, bastantes hermanos no se plantean si necesitan a Dios como plenitud de sentido y realización plena de la existencia.

Dominados por las prisas, por la indiferencia religiosa y por la búsqueda de los propios intereses, muchos bautizados están incapacitados para abrir la mente a Dios y para plantearse si la vida cristiana tiene algún valor. Los mismos creyentes, ante este confusionismo cultural y religioso, experimentan dificultades para mantener las creencias y las prácticas religiosas. En ocasiones, algunos se sienten como seres extraños en medio de una sociedad a la que no le preocupan los valores y las prácticas religiosas.

Con el desprecio de lo religioso, el Evangelio ya no aparece como un mensaje de salvación, porque el ser humano piensa que puede salvarse a sí mismo mediante el poder o la acumulación de bienes materiales. Es más, para muchos hermanos, el Evangelio es visto como algo innecesario y propio de tiempos pasados. Por lo tanto, conviene olvidarlo cuanto antes para que no impida el ejercicio de una mal llamada libertad.

A estas dificultades para la transmisión de la fe y para el seguimiento de Jesucristo, tendríamos que añadir el hecho de que muchos cristianos no estamos ofreciendo un auténtico testimonio de nuestra fe. En algunas ocasiones, podemos

presentarnos como cristianos, pero con nuestras palabras y obras no transmitimos la alegría del Evangelio ni somos coherentes con sus enseñanzas. En contra de lo que hacía Jesús, nuestros comportamientos no son acompañados por el amor, por la misericordia y la compasión. Aunque parezca una contradicción, y lo es, en la Iglesia existen bautizados que no viven con gozo en su seno y que realmente no creen.

2.4 Repercusión de estos criterios en la vivencia de la fe

Los criterios expuestos anteriormente han influido profundamente en las creencias y comportamientos de muchos miembros de nuestras comunidades cristianas. Hoy podemos encontrarnos en las parroquias con bautizados que manifiestan una fe recia y consecuente, al lado de otros, cuya experiencia cristiana es muy deficiente pero que, sin embargo, se consideran con el derecho de exigir la celebración de los sacramentos y los servicios de la Iglesia.

La disociación entre la fe y la vida hace posible que las prácticas religiosas tengan muy poca influencia en los comportamientos familiares y sociales. Lo que se dice creer ocupa un espacio y unos tiempos de la existencia de la persona, pero sus actuaciones públicas van en otra dirección. Esta disociación entre las creencias y los comportamientos sociales favorece la existencia de personalidades rotas y divididas. Algunos cristianos, incluso comprometidos en la catequesis parroquial o en otras actividades eclesiales, no viven ellos mismos lo que pretenden enseñar a los demás.

Además de estos bautizados que manifiestan importantes carencias y lagunas en los contenidos de su fe, también comprobamos la existencia de otros, que no dudan en confesarla de palabra, pero que han abandonado totalmente su formación cristiana y las prácticas religiosas. Son los denominados “creyentes y no practicantes”. El absentismo de las celebraciones de la comunidad cristiana y el abandono de la formación están llevando a muchos hermanos a una visión del cristianismo y de la Iglesia totalmente desenfocada. Sus criterios y juicios sobre la realidad ya no parten del Evangelio ni de las enseñanzas de la Iglesia, sino de las opiniones de los demás, de los criterios culturales y de las informaciones sobre la Iglesia por parte de los medios de comunicación.

Existen también grupos de cristianos que viven con una fe heredada de sus padres y abuelos. Estos piensan equivocadamente que, una vez terminada la catequesis parroquial con ocasión de la celebración de los sacramentos de la iniciación cristiana, ya han adquirido los conocimientos necesarios para vivir la fe y el compromiso cristiano durante el resto de su vida. Olvidan que el seguimiento de Jesucristo y el compromiso cristiano en la Iglesia y en el mundo exigen permanecer en una actitud de búsqueda constante y de profundización en las enseñanzas evangélicas.

El Evangelio señala que el crecimiento de Jesús era un crecimiento armónico, pues “crecía en edad, sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres”(Lc 2,52). La experiencia nos demuestra que muchos cristianos, que tendrían que mirarse en Él a la hora de vivir y de actuar, han crecido en edad, tal



«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

vez en conocimientos intelectuales y en gracia, pero se han quedado como niños en su formación espiritual.

Hay una faceta importante del desarrollo humano de estos hermanos, como son los aspectos espirituales, que no se han desarrollado ni crecido adecuadamente. Por ello, en nuestros días, podemos encontrar personas con una sólida formación intelectual o profesional, pero con una muy deficiente formación religiosa.

III. “Te recuerdo que reavives el don de Dios que hay en ti...” (2 Tim 1, 6)

La respuesta a la llamada de Dios y la orientación de la acción pastoral en esta nueva realidad nos obligan a revisar nuestra experiencia creyente y a profundizar en nuestra espiritualidad. Si no avanzamos en la purificación de la mente y en la transformación del corazón, no estaremos en condiciones de entregar la existencia a Dios y a los hermanos.

Para responder con coraje a la invitación de Dios y para afrontar con esperanza los desafíos de esta realidad, hemos de permanecer muy atentos a la acción del Espíritu Santo. Él es el único que puede renovar nuestra fe y hacernos salir de nuestros miedos para anunciar a Jesucristo con las palabras y con el testimonio de una vida transfigurada.

El testimonio de oración, comunión y caridad de los primeros cristianos y de tantos santos, que han anunciado a Jesucristo con valentía y constancia a lo largo de la historia, tiene que ayudarnos a superar el individualismo y la búsqueda obsesiva de los propios intereses.

Si, además, la experiencia nos dice que, cuando nos entregamos a Dios y a los demás, experimentamos el gozo interior de la entrega, me atrevo a proponeros algunos aspectos de la identidad cristiana y de la actividad pastoral que deberíamos cuidar especialmente para poder celebrar, anunciar y mostrar a Jesucristo a los demás con obras y palabras.

3.1 Llamados a la santidad

La primera exigencia de la actividad pastoral es la convicción de que todos los bautizados somos llamados por Dios a la santidad. El apóstol Pablo nos dirá: “la voluntad de Dios es vuestra santificación” (I Tes 4, 3). Como nos recuerda el Concilio Vaticano II, en la Constitución *Lumen Gentium*, esta invitación no está reservada a unos pocos especialistas, sino que es una exigencia para todos los bautizados: “Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor”.

Las palabras y las obras realizadas por Jesús durante los años de su vida pública no sólo dan testimonio de su poder, sino que manifiestan su santidad. Los discípulos, al contemplar su relación familiar con el Padre y su preocupación por los hermanos, se reconocen pecadores y necesitados de perdón⁹. Los mismos demonios llegan a confesar que Él es “el Santo de Dios” (Lc 4, 34). En su predicación, Jesús no se conforma con que los discípulos le sigan desde la mediocridad. Él quiere que los suyos sean “perfectos como el Padre celestial es perfecto” (Mt 5, 48).

⁹ Cf. Lc 5, 8.

MONS. ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

Esta llamada a la perfección en el amor tiene su origen para todos los cristianos en el sacramento del bautismo. Por medio de este sacramento, somos injertados en la santidad de Dios y participamos del oficio sacerdotal, profético y real de Jesucristo. Esta participación de la misma vida de Dios en los sacramentos nos obliga a desterrar el pecado de nuestra vida, a buscar los bienes de arriba y a mostrar la santidad de Dios, de la que hemos sido revestidos sin mérito alguno por nuestra parte.

Con la profunda convicción de que el bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación del Espíritu Santo, San Juan Pablo II llega a afirmar que la fuerza misionera de la Iglesia y el mismo apostolado tienen su fundamento, no tanto en las actividades y compromisos de sus miembros, sino en la santidad de los mismos. La santidad de la Iglesia es “el secreto manantial y la medida infalible de su laboriosidad apostólica y de su ímpetu misionero”¹⁰.

Este testimonio de la santidad de Dios por medio de las obras y de las palabras es uno de los aspectos prioritarios para el impulso de la nueva etapa misionera, a la que nos convoca el papa Francisco y a la que ya nos invitaba Benedicto XVI, cuando afirmaba: “Nos convertimos en testigos cuando, por nuestras acciones, palabras y modos de ser, aparece Otro y se comunica. Se puede decir que el testimonio es el medio con el que la verdad del amor de Dios llega al hombre

¹⁰ S. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica, *Christifideles laici*, (1998), n. 17.

«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

en la historia, invitándole a acoger libremente esta novedad radical”¹¹.

En la actualidad lamentamos la despoblación de bastantes zonas de la diócesis y constatamos la disminución del número de sacerdotes. Esto nos obliga a dar pasos decididos en la programación de la actividad pastoral, en la renovación de estructuras y en una nueva planificación de arciprestazgos para hacer viable la evangelización. El Señor nos invita a colaborar activamente para llevar a cabo esta renovación.

Pero, los cambios estructurales no deben distraernos nunca de lo nuclear de la vida cristiana y de la misión de la Iglesia. Si centramos demasiado la atención en los cambios estructurales, corremos el riesgo de olvidar que la finalidad de los mismos consiste en ayudarnos a descubrir la propia vocación para vivirla en la misión, desde la comunión y la corresponsabilidad con los hermanos, aspirando a la santidad.

En todos los momentos de la historia de la Iglesia, lo más importante es la formación de comunidades cristianas, en las que todos sus miembros -cada uno desde su propio carisma- se saben colaboradores de la única misión del Espíritu. Cuando vivimos y actuamos desde los criterios del Señor, también cuando se trata de la renovación de estructuras, estamos invitando a otros a ser discípulos misioneros.

Con esta reflexión, sólo pretendo señalar que la Iglesia, en nuestros días como en otros momentos de la historia, no

¹¹ BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica, *Sacramentum caritatis*, (2007), n. 85.

necesita reformadores sino santos. La historia de la Iglesia nos dice que quienes llevan a cabo las auténticas reformas en la comunidad cristiana son los santos. Ellos, con el testimonio de su vida y con la fidelidad a la llamada del Señor, son los verdaderos reformadores y evangelizadores.

3.2 Profundizar en el misterio de la Iglesia

Además de la invitación a la santidad, hemos de valorar mucho más nuestra pertenencia a la Iglesia de Jesucristo, como misterio de comunión para la misión. El individualismo que afecta a los comportamientos sociales, también se percibe en las vivencias religiosas de bastantes cristianos. Algunos ya no sienten la necesidad de compartir y celebrar la fe en Jesucristo con los restantes miembros de la comunidad cristiana. En el mejor de los casos, viven su fe por lo libre y oran al Padre cuando ellos lo consideran oportuno. Aparentemente han roto voluntariamente la comunión con la Iglesia, en la que han sido injertados por pura gracia en el sacramento del bautismo.

Este individualismo religioso repercute grandemente en la vida de cada cristiano y en el cumplimiento de la misión de la Iglesia. El cristiano, unido a Jesucristo, la vida verdadera, es enviado al mundo para dar frutos de buenas obras y para ofrecer el testimonio del amor y de la santidad de Dios a sus semejantes. Si deja de vivir la comunión con Dios y con los hermanos mediante la oración y la participación en los sacramentos, con el paso del tiempo olvidará la vivencia de la fraternidad y de la corresponsabilidad en el ejercicio de la pas-

«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

toral. Al cristiano, aislado de Cristo y de la comunidad, que es su cuerpo, le sucede lo que al sarmiento cortado de la vid. Se seca y sólo sirve para ser arrojado al fuego¹².

Quienes, en la práctica, no se sienten miembros de la comunidad eclesial, aunque confiesen la importancia de la comunión con los labios, además de rechazar este don que les ha sido entregado gratuitamente por Dios en el sacramento del bautismo mediante la acción del Espíritu Santo, olvidan que la Iglesia tiene el encargo y la misión de construir e impulsar la comunión de vida y de amor entre todos los miembros de la familia humana. La misión de la Iglesia consiste en ayudar a los hombres y mujeres de todos los tiempos a vivir la nueva comunión de amor que Jesucristo, el Hijo de Dios, introdujo en el mundo y de la cual la Iglesia debe ser signo y sacramento en todas sus manifestaciones.

Para que estos planteamientos no se queden en puro moralismo, es preciso que todos nos dejemos transformar en lo más hondo de nuestro corazón por la contemplación del misterio de vida y amor de la Trinidad Santa. Sólo desde la contemplación del misterio trinitario, podremos dar muerte en nosotros al individualismo, estaremos en condiciones de impulsar la vida comunitaria y podremos asumir la responsabilidad pastoral entre todos los miembros del Pueblo de Dios. Cristo nos ofrece su amor, nos abre a la comunión con el Padre y nos envía al mundo con la fuerza del Espíritu Santo para ofrecer el don de la comunión a todos.

¹² Cf. Jn 15, 6.

De acuerdo con lo dicho hasta aquí, parece evidente que, para superar el individualismo religioso y social, tendremos que desterrar de nosotros el egoísmo, que nos lleva a la esterilidad, y debemos rechazar aquellas prácticas pastorales que hacen de los evangelizadores “llaneros solitarios”. El auténtico amor a nuestros semejantes lleva consigo el sacrificio por ellos, la escucha de sus propuestas y la búsqueda del bien de la comunidad cristiana y el bien común de la sociedad.

La reflexión y la puesta en funcionamiento de las Unidades Pastorales, como concreción de los criterios teológicos y eclesiológicos propuestos por el Concilio Vaticano II y por los documentos de los últimos Papas, no hemos de verlas nunca como un fin ni como la simple confección de un nuevo mapa organizativo, sino como el medio necesario para la realización de una actividad pastoral común con los criterios de una pastoral de comunión, misionera, corresponsable, participativa, que haga posible el testimonio de cristianos adultos, la práctica de la solidaridad y la organización pastoral.

La actividad pastoral en las Unidades Pastorales debe partir de la contemplación de la comunión Trinitaria, mediante la escucha de la Palabra, la celebración de los sacramentos y la vivencia del amor fraterno. Con estos sólidos cimientos, será posible avanzar en la programación pastoral entre todos los miembros de la Unidad Pastoral, sin perder de vista la comunión con la Iglesia diocesana, como lugar teológico en el cual encontramos la verdadera Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica y, desde ella y en ella, expresamos la comunión con la Iglesia universal.

3.3 Actuar con conciencia misionera

El sacramento del bautismo, además de injertarnos en la santidad de Dios y en la vida de la comunidad cristiana, nos impulsa a salir en misión hasta los confines de la tierra para anunciar la Buena Noticia del amor y de la salvación de Dios. El mismo Cristo, a quien contemplamos y escuchamos en el silencio de la oración, es el que nos invita a ponernos en camino: “Id pues y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28, 19).

La Iglesia, que tiene su origen en el amor del Padre, en la misión de Jesucristo y en la constante actuación del Espíritu Santo, necesita asumir el encargo de salir en misión hasta los confines de la tierra, contemplando el testimonio creyente de los millones de hombres y mujeres que, desde los primeros momentos de la Iglesia hasta nuestros días, no han dudado en entregar la propia vida antes de apostatar de su fe.

Los fenómenos de la secularización y la indiferencia religiosa hemos de asumirlos como nuevos retos o desafíos que el Señor pone en el camino, para que profundicemos en el sentido de la misión y para que pensemos toda la actividad pastoral con creatividad, entusiasmo, convicción y alegría. Una comunidad misionera, además de ocuparse de quienes participan normalmente en las actividades parroquiales, tiene que salir al encuentro de los alejados para hacer posible que se encuentren con el Señor y se conviertan en discípulos misio-

neros. Ningún cristiano puede conformarse con la realización de alguna actividad parroquial, pensando que así ya cumple con la misión confiada por el Señor.

El mandato de anunciar el amor de Dios a los de cerca y a los de lejos es para todos y no tiene horarios. Por ello, cada bautizado, al escuchar la invitación del Señor a la misión, debe atreverse a salir y ponerse en camino para ofrecer este anuncio a todos, a los familiares, a los compañeros de trabajo y a los vecinos... “Ser discípulo es tener la disposición permanente de llevar a otros el amor de Jesús y eso se produce espontáneamente en cualquier lugar: en la casa, en la plaza, en el trabajo, en un camino”¹³.

Este planteamiento misionero nos exige tomar la iniciativa en la acción pastoral. Si esperamos que los alejados vengan a presentarnos sus problemas y sus dificultades, nunca podremos anunciarles el Evangelio. Si no superamos las tentaciones y los miedos que nos impiden salir al encuentro de los alejados, la Iglesia no podrá cumplir hoy su misión evangelizadora. Si nos consideramos poco preparados para la misión, hemos de recordar que todo lo que digamos y hagamos por los demás nos ayuda también a nosotros a ser mejores misioneros y a vivir más plenamente la comunión con el Señor.

La nueva realidad social, cultural y religiosa nos obliga a recuperar el “espíritu misionero”, que nace de la apertura “sin

¹³ FRANCISCO, Exhortación Apostólica, *Evangelii gaudium*, (2013), n. 127.

«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

temor a la acción del Espíritu Santo”¹⁴. La misión es siempre un servicio a la acción misteriosa del Espíritu y exige, por tanto, una mirada creyente para descubrir lo que Dios va realizando en cada ser humano. Ciertamente no sabemos a dónde nos llevará esta Iglesia en salida, pero sí sabemos que “no hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde quiera. Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento. ¡Esto se llama ser misteriosamente fecundos!”¹⁵.

Esta confianza en la acción del Espíritu, que “viene en ayuda de nuestra debilidad” (Rom 8, 26) y que es “el alma de la Iglesia evangelizadora”¹⁶, nos empujará a salir de nosotros mismos para encarnarnos en la cultura de nuestro pueblo con nuevo ardor evangelizador. Es siempre el Espíritu, el que infunde en cada bautizado y en cada comunidad cristiana la fuerza necesaria para anunciar, con audacia, la novedad del Evangelio a los indiferentes.

La disponibilidad para dejarnos conducir por el Espíritu a donde Él quiera llevarnos es fundamental para superar los intereses personales en la acción evangelizadora. La actuación del Espíritu en nosotros nos ayuda a ser humildes, a establecer relaciones fraternas y a permanecer en actitud de servicio a todos, especialmente a los más necesitados. Cuando esto sucede, se perfecciona el propio yo y crece la comunidad. Por el contrario, cuando existen divisiones, críticas y

¹⁴ Ibid, n. 259.

¹⁵ Ibid, n. 280.

¹⁶ Ibid, n. 261.

luchas de poder en el seno de la comunidad, ésta no sólo no puede crecer, sino que avanza hacia su destrucción.

3.4 Evangelizados para poder evangelizar

Para un cristiano, la primera motivación para la misión tiene que ser el amor apasionado por Cristo. Nadie puede decir con verdad a los demás que Dios les ama, si cada día no lo experimenta en lo más profundo de su corazón y lo vive con gratitud. Para anunciar a Jesucristo a los hombres y mujeres de hoy es imprescindible “la propia experiencia constantemente renovada de gustar su amistad y su mensaje”¹⁷.

La búsqueda de nuevos caminos para la evangelización, nos exige encontrar tiempos para acoger la Palabra de Dios, para guardarla en el corazón y para dejarnos transformar interiormente por ella, como hizo la Santísima Virgen. La evangelización de los demás presupone la disponibilidad de los evangelizadores para construir sobre roca y no sobre arena¹⁸, acogiendo la llamada de Dios a la propia conversión.

Por ello, un elemento fundamental de la acción pastoral y evangelizadora de la Iglesia es la oración perseverante unida al sacrificio, pidiendo al Padre celestial la conversión de los pecadores, el crecimiento de la fe y la extensión de la Iglesia. San Pablo, el gran misionero y evangelizador, practicaba constantemente la oración e invitaba a los miembros de sus comunidades a orar sin cesar¹⁹.

¹⁷ Ibid, n. 266.

¹⁸ Cf. Mt 7, 24-27.

¹⁹ Cf. Rom 1, 10; Ef 6, 18.

«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

Estos momentos, la acción evangelizadora nos obliga a un cambio profundo de criterios y de comportamientos, pues todos sabemos muy bien que es siempre Jesucristo el que sigue llamando al seguimiento por medio de la Iglesia. Ser misionero no puede ser nunca una decisión personal. Detrás y antes del misionero, está el Señor que llama y envía a la misión por medio de la acción constante del Espíritu. No se puede ser misionero sin escuchar al Señor, sin asumir que es Él quien transforma nuestro corazón y nos enseña a ver con ojos nuevos la realidad.

El discípulo misionero, además de mirar a cada persona con atención, sensibilidad y amor, contemplando en su rostro al mismo Cristo, tiene que ahondar en su vida espiritual, en la adhesión a la verdad de Dios y en la búsqueda de soluciones para intentar corregir aquello que está mal. La misión evangelizadora no producirá nunca sus frutos, si el misionero no lleva el amor de Dios en su corazón, en sus gestos y en sus palabras. Sin el amor, que llega a la entrega de la propia vida por los hermanos, no puede haber evangelización.

Algunos cristianos pretenden vivir la misión evangelizadora desde los propios criterios, sin pararse a contemplar las maravillas realizadas por el Espíritu Santo en la Iglesia y en el corazón del mundo. Cuando esto sucede, en vez de ofrecer a sus semejantes el amor y la salvación de Dios, les proponen las propias intuiciones, gustos, deseos y manías. Inconscientemente, estos hermanos piensan que las iniciativas apostólicas son el fruto de sus esfuerzos y olvidan que todo lo bueno que hay en el ser humano, así como el fruto de

la actividad pastoral, es siempre obra del Espíritu Santo, que todo es Gracia.

Quienes se fían más de su capacidad y de sus fuerzas que de la acción del Espíritu en la Iglesia y en el mundo, al encontrarse con las dificultades para el anuncio del Evangelio, permanecen temerosos, inseguros y carentes de ardor evangélico. Estos hermanos en la fe no han descubierto que los apóstoles, para salir en misión y para poder llevarla a cabo, antes fueron discípulos, vivieron en la intimidad con su Señor y experimentaron la fuerza del Espíritu en las palabras y gestos realizados por el Maestro.

Por el contrario, cuando nos dejamos guiar por el Espíritu Santo, podremos afrontar con valentía, alegría y esperanza cualquier situación personal o actividad apostólica. Es más, como nos recuerda San Pablo, incluso podremos gloriarnos en las dificultades y tribulaciones, sabiendo que “el amor de Dios es derramado constantemente en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rom 5, 3-5).

Ciertamente, todos somos pecadores y experimentamos la fuerza del pecado en cada instante de la vida, pero a pesar de nuestras miserias no podemos dejar de ser misioneros. La experiencia del encuentro con Jesucristo resucitado tiene que ayudarnos a levantarnos cuantas veces sea necesario y tiene que permitirnos experimentar su presencia salvadora en medio de nosotros hasta el fin de los siglos. “No huyamos de la resurrección de Jesucristo. Nunca nos declaremos muer-

tos, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia delante!”²⁰.

Esta comunión de vida con el Resucitado nos permitirá también ejercitar la virtud de la paciencia para poder acompañar a cada hermano con misericordia, respetando sus ritmos y sus descubrimientos. Estos, frecuentemente, no suelen coincidir con nuestras prisas. En las personas que se abren a su amor, Dios siempre realiza su obra, pero él tiene sus tiempos. “Un corazón misionero sabe de esos límites...No renuncia al bien posible, aunque corra el riesgo de mancharse con el barro del camino”²¹.

3.5 No basta creer, es necesario vivir de la fe

Para permanecer con gozo en la misión y para superar los cansancios del camino es imprescindible que pidamos al Señor que renueve nuestra fe y nuestra confianza en el cumplimiento de las promesas divinas. Como Pedro, al escuchar la pregunta que Jesús le hace sobre su identidad, los cristianos hemos de afirmar con valentía y convicción que “Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16, 13-17).

Para llegar a esta confesión de fe sobre la identidad de Jesús, no bastan los esfuerzos personales ni el simple conocimiento de los artículos de la fe. Para confesar que Jesús es el Señor de nuestras vidas, el que orienta verdaderamente nuestro corazón y mantiene viva nuestra esperanza, es preciso

²⁰ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 3.

²¹ *Ibid*, n. 45.

MONS. ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

acoger la gracia de la revelación que proviene del Padre. Esta gracia sólo es posible experimentarla en el silencio y en la oración.

En estos tiempos de tanta confusión en todos los ámbitos de la existencia, necesitamos espacios de silencio para descubrir nuestra identidad creyente, para preguntarnos “si somos cristianos de salón, de esos que comentan cómo van las cosas en la Iglesia y en el mundo, o si somos apóstoles en camino, que confiesen a Jesús con la vida porque lo llevan en el corazón. Quien confiesa a Jesús sabe que no ha de dar sólo opiniones, sino la vida; sabe que no puede creer con tibieza, sino que está llamado a “arder” por amor; sabe que en la vida no puede conformarse con vivir al día o acomodarse al bienestar, sino que tiene que correr el riesgo de ir mar adentro, renovando cada día el don de sí mismo”²².

Cada día somos más conscientes de que la nueva realidad a evangelizar nos exige no sólo tener fe y poner nuestra confianza en el Señor, sino vivir de la fe y descubrir en la oración la voluntad de Dios para que sea Él quien oriente nuestra vida, la actividad pastoral y el rumbo de nuestra misión evangelizadora. Más allá de nuestras realizaciones y proyectos, aunque estos sean muy buenos, hemos de vivir con radicalidad la misión recibida, que no es nuestra, sino del Señor. Es Él quien nos llama a vivir en su amistad y es también Él quien nos envía a comunicar la alegría del Evangelio a nuestros semejantes.

²² FRANCISCO, Homilía en la festividad de los Apóstoles Pedro y Pablo, Vaticano, (29 de junio de 2017).

«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

Puesto que hoy no es fácil presuponer la fe en muchos bautizados y la rutina pastoral puede apoderarse de todos, debemos revisar constantemente las motivaciones para la evangelización. Por ello, al evaluar la catequesis, las celebraciones litúrgicas y la actividad caritativa, deberíamos preguntarnos si éstas nacen de la fe en Jesucristo resucitado, si ayudan al crecimiento de la misma a los hermanos y si ofrecen respuestas creyentes a los alejados o, por el contrario, son fruto de la rutina, de la costumbre y de la repetición de lo que siempre se ha hecho.

El papa Francisco no se cansa de recordarnos que la transmisión de la fe a nuestros semejantes tiene que provocar en nosotros una sincera “conversión pastoral, que no puede dejar las cosas como están”, que exige pasar de una pastoral de “conservación” a una pastoral auténticamente “misionera”. Para avanzar con gozo en el camino de la conversión, deberíamos asumir que en este mundo -que algunos consideran post-cristiano- todos los seres humanos tienen derecho a ser educados en la fe, a vivir la amistad con Jesús y a experimentar su salvación. Esta gozosa misión hemos de vivirla con la convicción de que no es lo mismo haber conocido a Jesucristo que no conocerlo y con la certeza de que el Evangelio es la mejor noticia que podemos ofrecer a nuestros semejantes.

Si no renovamos y actualizamos cada día nuestra fe, pidiéndole al Señor que la acreciente y fortalezca, los criterios culturales nos arrastrarán a todos a la indiferencia y podremos terminar viviendo sin Dios y sin valores absolutos. Frente a la rutina

pastoral y al conformismo de muchos, hemos de atrevernos a ser diferentes, teniendo en cuenta que la fe en Jesucristo nos propone valores y comportamientos que son respuesta de sentido, garantía de felicidad y de convivencia fraterna entre todos los seres humanos.

Esto quiere decir que, con frecuencia, hemos de preguntarnos si Dios es verdaderamente el centro de nuestra vida y el fundamento de nuestra misión, si seguimos a Cristo en su camino o pretendemos seguirlo en los nuestros. Todos sabemos muy bien que el camino de Cristo es el de la vida nueva, el de la alegría y la renovación, el camino que pasa también por la cruz y la persecución. Aunque en teoría, estamos convencidos de que Jesucristo ha de ser el centro de nuestra vida, en la práctica no acabamos de asumir con convicción que es Él quien conduce la misión de la Iglesia mediante la acción del Espíritu Santo y que todos los bautizados tienen vocación y misión en la comunidad cristiana.

3.6 Sembrar sin esperar los frutos de la siembra

La centralidad de Dios en nuestra vida y la invitación a la conversión pastoral son un acicate para contemplar la realidad con una mirada creyente y esperanzada. Un cristiano no puede conformarse con un análisis del presente puramente sociológico o estadístico, sino que ha de verlo todo y a todos con la mirada compasiva de Dios. La fe en Dios nos permite conocer e interpretar la realidad con su óptica. Esto nos infunde confianza y esperanza, impidiéndonos caer en lamentaciones estériles ante las dificultades.

«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

El ambiente cultural, en el que la fe se podía vivir con normalidad, se ha derrumbado. La exaltación del individuo, la concepción de una libertad sin límites y el desprecio de la verdad no dejan lugar para Dios ni para la actuación religiosa de las personas. Muchos cristianos viven y actúan como si Dios no existiese. Consideran que la felicidad y la salvación pueden alcanzarse por el poder o por la acumulación de bienes materiales.

En este nuevo ambiente, el cristianismo aparentemente parece no tener lugar, pues lo religioso se considera inútil, innecesario y trasnochado. Muchos huyen de lo religioso porque, según ellos, les impide ser libres y actuar según los propios deseos. Por lo tanto, como mucho, quienes quieran vivir su fe han de hacerlo en la intimidad de su conciencia o en el interior de las iglesias, pero sin ningún tipo de manifestaciones sociales. El cristiano que quiera vivir consecuentemente su fe deberá hacerlo sabiendo que ha de actuar contra corriente y que no podrá contar con apoyos sociales.

Ante esta nueva realidad y ante las dificultades para vivir la fe, los cristianos no podemos quedarnos en un juicio simplemente condenatorio de las personas. Si somos realistas, tenemos que valorar el testimonio creyente de los millones de hermanos que viven con gozo su fe, la comunican con valentía y se entregan cada día a sus semejantes, tocando la carne de Cristo en los más pobres y marginados de la sociedad.

Si tenemos en cuenta los aspectos positivos y negativos de esta realidad que el Señor pone ante nuestros ojos, no

podemos permanecer indiferentes ni podemos mirar para otro lado, como si los problemas no fuesen con nosotros o no nos afectasen. La suerte de los hermanos y su salvación deben preocuparnos y ocuparnos. Por eso, Dios, como hizo en su día con Caín, sigue preguntándonos: “¿Dónde está tu hermano?” (Gen 4, 9).

La respuesta a esta pregunta tiene que partir de la convicción de que la victoria sobre el mal sólo tendrá lugar si verdaderamente reconocemos que existe. Es más, hemos de actuar siempre con la certeza de que las manifestaciones culturales y los criterios sociales del momento no pueden tener la última palabra. El testimonio de Jesucristo, su vida y su obra, siguen teniendo el poder de atracción de los primeros momentos de la Iglesia y tienen el poder de ofrecer plenitud de sentido a todo ser humano.

Ante los nuevos retos para la vivencia de la fe, todos los bautizados deberíamos actuar con la convicción de que, en este mundo descristianizado, Jesucristo quiere que anunciemos el Evangelio a quienes se confiesan creyentes, pero también a quienes se han alejado de la fe y de la Iglesia. Esto nos obliga a revisar nuestra misión evangelizadora para no conformarnos con una actividad pastoral rutinaria y de enfrentamiento dialéctico con los laicistas y con los indiferentes.

La nueva evangelización, entre otras cosas, nos pide que no nos conformemos con lo vivido en otras épocas y que no huyamos de las dificultades del momento. El discípulo misionero debe tomar cada día la decisión de sembrar nuevamen-

te el pequeño grano de mostaza²³ en un campo descristianizado e indiferente ante lo religioso, dejándole a Dios y a su gracia el desarrollo de la semilla y el crecimiento de la cosecha.

3.7 En todo momento, amor y compasión

La convicción de que vivimos en una nueva realidad eclesial, en la que son muchos los bautizados, pero pocos los verdaderamente creyentes, no debe desanimarnos. Es más, tenemos que asumirla con esperanza pues en ella somos llamados cada día por Dios para descubrir la vocación y para vivirla desde nuestra dignidad de hijos de Dios.

La contemplación de Jesucristo, fuente de la acción evangelizadora, nos invita a recorrer siempre el camino del amor y de la misericordia. La evangelización es imposible llevarla a cabo si cada persona no se siente profundamente amada. Esto quiere decir que hemos de renunciar “a buscar esos cobertizos personales y comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos la verdad de entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura. Cuando lo hacemos, la vida siempre se nos complica maravillosamente y vivimos la intensa experiencia de ser pueblo, la experiencia de pertenecer a un pueblo”²⁴.

Cuando nos dejamos transformar por el amor de Dios,

²³ Mt 13, 31.

²⁴ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 270.

manifestado en Cristo Jesús, no sólo descubrimos la necesidad de comunicarlo a los demás, sino que experimentamos la felicidad, la alegría y el crecimiento personal. Por ello, hemos de hacer de la compasión y la misericordia la norma suprema de la vida cristiana y de la evangelización.

Para evangelizar hoy, además de conocer y asumir la realidad, es preciso que mostremos el amor de Dios, reconociendo que cada persona tiene un valor infinito y está esperando nuestra entrega. El amor y el servicio generoso a cada persona no sólo son necesarios para poder anunciar el Evangelio, sino que nos hacen mucho bien a los evangelizadores.

El amor a Jesucristo no es real y verdadero, si no se traduce en el amor a las personas concretas. Quien no ama de verdad a Dios y a los hermanos puede caer en la tentación de pensar que no se puede hacer nada por los demás y, si asume algún compromiso con ellos, lo hará más como una obligación que se le impone que como una gozosa misión. “La misión es una pasión por Jesús, pero al mismo tiempo, una pasión por su pueblo”²⁵.

Esta reflexión del papa Francisco nos ayuda a tomar en consideración que la evangelización, además de exigir un testimonio de vida que haga atractiva la fe, nos pide también que “seamos pueblo”, que dialoguemos con el mundo y que escuchemos sus lamentos, teniendo en cuenta que “antes de convertirlo, más aún, para poder convertirlo, el mundo necesita que nos acerquemos a él y que le hablemos”²⁶.

²⁵ Ibid, n. 268.

²⁶ PABLO VI, Encíclica, *Ecclesiam suam*, (1964), n. 27.

«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

Si escuchamos verdaderamente a los demás, no será difícil descubrir que el trato con cada persona ha de ser diferente pues las razones y motivaciones para creer o para rechazar la fe son distintas. En ocasiones, antes de evangelizar, será preciso buscar el encuentro personal con cada hermano para remover aquellos impedimentos o falsas ideas que impiden la acogida y la respuesta libre al Evangelio.

El papa Francisco es hombre de gran capacidad de escucha y diálogo, pero sobre todo es hombre de encuentro, de relación y de trato fraterno. Con sus gestos y enseñanzas nos recuerda que, para poder anunciar hoy el Evangelio en muchos ambientes, antes es preciso que dediquemos tiempo a escuchar a cada persona, a tratarla y conocerla pues, con frecuencia, las ideas no siempre favorecen el encuentro.

El Evangelio nos invita siempre al encuentro con el otro, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que siempre nos contagia. “Muchos –dirá el Santo Padre- tratan de escapar de los demás hacia la privacidad cómoda o hacia el reducido grupo de los más íntimos, y renuncian al realismo de la dimensión social del Evangelio. Porque, así como algunos quisieran un Cristo puramente espiritual, sin carne y sin cruz, también se pretenden relaciones interpersonales sólo mediadas por aparatos sofisticados, por pantallas y sistemas que se pueden encender y apagar a voluntad”²⁷.

Para superar las tentaciones del camino, hemos de permanecer constantemente abiertos al amor del Señor para que

²⁷ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 88.

MONS. ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

sea Él quien nos saque de nuestros criterios personales y de nuestros cansancios. No podemos esperar que la evangelización tenga lugar sin nosotros pues Dios quiere contar con nuestra libertad y con nuestra respuesta de fe, que actúa siempre por medio del amor. Por lo tanto, el futuro de la acción evangelizadora es siempre misión conjunta de Dios y de quienes se fían de Él.

IV. Id pues y haced discípulos (Mt 28,19)

Hoy no resulta fácil encontrar las respuestas adecuadas para la transmisión de la fe a los adultos y a las nuevas generaciones, teniendo en cuenta la incapacidad para la reflexión de unos y la indiferencia religiosa de otros. Ante todo, hemos de acoger con mucho amor a cada persona, pues si falta el amor será imposible dar un paso en la evangelización.

No podemos perder la esperanza ante la falta de resultados tangibles. Mucho menos podemos inhibirnos esperando que lleguen tiempos mejores para poder evangelizar o que sean otros los que realicen la misión por nosotros. El Señor quiere contar con todos los bautizados para realizar su obra. Por lo tanto, no podemos delegar la propia responsabilidad ni podemos dejar de buscar juntos los caminos que el Espíritu quiera mostrarnos como oportunidades para la transmisión de la fe.

En medio de las dificultades, hemos de reconocer la constante acción de la gracia divina en el corazón de cada persona y la presencia del Resucitado en su Iglesia, mediante la acción del Espíritu Santo. Si partimos de aquí, no centraremos tanto la atención en las dificultades y los problemas para la acción

pastoral, sino que pondremos más la confianza en la acción constante del Espíritu y en la capacidad de conversión de las personas.

4.1 Renovar la comunidad cristiana

El Señor Jesús, durante los años de su vida pública, se preocupó fundamentalmente de formar una comunidad de hermanos animada por el amor entre sus miembros y por el amor a sus semejantes. Esto quiere decir que el discípulo misionero ha de centrar la mirada en Cristo para caminar con Él y para que los criterios del mundo no ocupen el lugar que sólo a Él le pertenece.

Si no existe una profunda renovación espiritual de nuestras comunidades cristianas y una más plena adhesión a Jesucristo de cada bautizado, la evangelización será imposible. Como nos recuerda el papa Francisco, hoy hacen falta evangelizadores gozosos y comunidades cristianas alegres, porque se han encontrado con su Señor: “La alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera. Es un signo de que el Evangelio ha sido anunciado y da fruto”²⁸.

Esto quiere decir que, en el futuro, hemos de concentrar los esfuerzos y poner los medios necesarios para la formación de comunidades cristianas que muestren el gozo de haber conocido a Jesucristo y que vivan con la profunda con-

²⁸ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 21.

«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

vicción de que el Evangelio es el bien más grande que pueden ofrecer a los miembros de la comunidad cristiana y a la sociedad en general. Como el mismo Jesús nos recuerda, hemos de asumir que la Palabra de Dios tiene el poder de iluminar la mente y los corazones de todos los hombres.

Puesto que no resulta fácil que todos los miembros de la comunidad cristiana asuman esta responsabilidad, será preciso convocar y acompañar en cada comunidad a un grupo de bautizados, dispuestos a vivir el ideal cristiano, convencidos de la importancia de la fe para dar verdadero sentido a su existencia y de la urgencia de ofrecer la fe a los demás. A partir de esta primera convocatoria, se podrán convocar nuevos encuentros que ayuden a vivir con gozo la pertenencia a la Iglesia diocesana y a la propia comunidad parroquial mediante una adecuada formación y acompañamiento espiritual.

Ante todo, hemos de invitar a la conversión a Jesucristo y a la vivencia de la comunión eclesial sin preocuparnos por el número de bautizados que respondan a la llamada. En ocasiones, todos corremos el riesgo de distraernos con cuestiones secundarias olvidando lo fundamental de la evangelización. Cuando los discípulos le preguntan a Jesús que deben hacer para participar en la obra de Dios, su respuesta no deja lugar a dudas: “La obra de Dios consiste en que vosotros creáis en Aquel que Él ha enviado” (Jn 6, 28-29).

Debemos de cuidar espiritualmente a todos los bautizados, pero es preciso que pongamos los medios para la renovación espiritual, doctrinal y apostólica de un grupo de cris-

tianos laicos, que estén dispuestos a crecer en el seguimiento de Jesucristo, de asumir con gozo la misión de la Iglesia y de actuar desde una comunión corresponsable con los restantes miembros de la comunidad cristiana. En la realización de este proyecto evangelizador, sería muy importante la colaboración de los movimientos apostólicos como signo de comunión con la parroquia.

4.2 Revisar los procesos de iniciación cristiana

Durante los dos últimos años, siguiendo las orientaciones del Plan Pastoral Diocesano, hemos dedicado bastante tiempo en los arciprestazgos y en las reuniones de los distintos Consejos Diocesanos a revisar la preparación y la celebración de los sacramentos de la iniciación cristiana. En esta revisión hemos tenido siempre muy presente que la iniciación cristiana no es el fruto de una actividad eclesial ni el esfuerzo de aprendizaje de quienes participan en la iniciación, sino un “don de Dios”.

Los Obispos españoles, al proponer la necesidad de la iniciación cristiana, ya decíamos el año 1998: “La iniciación cristiana es un don de Dios que recibe la persona humana por la mediación de la Madre Iglesia. Sólo Dios puede hacer que el hombre renazca en Cristo por el agua y el Espíritu; sólo Él puede comunicarnos la vida eterna e insertar al hombre, como sarmiento, a la Vid verdadera, para que el hombre, unido a Él, realice su vocación de hijo de Dios en el Hijo Jesucristo, en medio del mundo, como miembro vivo y activo de la Iglesia”²⁹.

²⁹ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La Iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones*, (1998), n.9.

«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

En esta revisión de la iniciación cristiana, constatábamos la necesidad de proponerla en las parroquias, fijando especialmente nuestros esfuerzos en los padres que piden el sacramento del bautismo para sus hijos. A pesar de la falta de interés de algunos, hemos de intentarlo por todos los medios, pues el despliegue y desarrollo de los dones recibidos de Dios en el sacramento del bautismo, requiere el testimonio creyente de la comunidad cristiana, pero, sobre todo, el de los padres de los bautizados.

Con ocasión de la visita pastoral, estoy constatando con alegría que, en algunas parroquias, los padres de los niños son también sus catequistas. En otros casos, los padres reciben en la parroquia, un día a la semana, la catequesis que ellos mismos se encargarán de ofrecer a sus hijos durante la semana siguiente. Considero que hemos de valorar muy positivamente los pasos dados, aunque quede mucho camino por recorrer en este sentido.

No podemos conformarnos con administrar el sacramento del bautismo a los niños, esperando que Dios realice su obra, pues la experiencia nos dice que muchos niños bautizados llegan a nuestras parroquias a recibir la catequesis sin haber hecho el despertar religioso en el seno de la familia.

Existen cursillos de preparación para los padres y padrinos que piden el sacramento del bautismo para sus hijos, pero tendríamos que preguntarnos si estos son verdaderamente eficaces. ¿Ayudan a los padres a descubrir el verdadero sentido del bautismo de sus hijos y los compromisos que

ellos asumen en la educación humana y cristiana de los mismos? Si queremos que los hijos sean educados cristianamente en la familia, hemos de dedicar tiempo a la formación de sus padres para que puedan ofrecerles un testimonio de fe.

Sin duda, durante los últimos decenios, hemos dedicado mucho tiempo y esfuerzos a la realización de la catequesis parroquial, pero no debemos olvidar que los sacerdotes y catequistas no podemos sustituir ni suplantar a los padres en su responsabilidad educativa. Esto nos obliga no sólo a ofrecer una catequesis viva a los niños, sino a visitar también a sus padres para conocerlos y para invitarlos a comprometerse en la formación cristiana de sus hijos.

No podemos negar los sacramentos a nadie, que viva su fe con las debidas disposiciones, pero, si no queremos devaluarlos, debemos invitar con mucho amor a una preparación para su celebración. Los niños y los adultos que se preparan para recibir los sacramentos de la iniciación cristiana tienen que experimentar en algún momento la conversión, mediante el encuentro vital con Jesucristo. Esto los ayudará al seguimiento, a sentirse discípulos suyos y a dar testimonio del amor de Dios en el mundo mediante la práctica de la caridad y de las obras de misericordia.

4.3 Ofrecer una formación y catequesis que ayude a la conversión

Si tenemos en cuenta lo dicho hasta aquí, parece claro que hemos de llevar a cabo una revisión de la catequesis que

«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

impartimos pues, antes o después de la celebración del bautismo, el bautizado debe vivir su conversión personal a Jesucristo. Para conseguir este objetivo las primeras comunidades cristianas se servían del catecumenado. Este llegaba a formar parte de la misma celebración de los sacramentos de iniciación.

Pero, al mismo tiempo que revisamos los procesos de catequesis, hemos de prestar especial atención a la selección y formación de los catequistas. Sin duda, tenemos muy buenos cristianos en nuestras comunidades parroquiales y en la catequesis, pero no deberíamos olvidar que ésta, hoy, exige nuevos métodos didácticos y nuevas expresiones que van más allá de la simple transmisión de conocimientos. Además de la transmisión de contenidos doctrinales, en nuestros días es necesario el testimonio creyente del catequista y el acompañamiento de cada catequizando.

Los bautizados, para vivir la fe en una sociedad secularizada y para hacer frente a las presiones sociales del momento, necesitamos tomar decisiones personales nada fáciles. Esto nos obliga a preguntarnos: ¿Nuestros jóvenes están en condiciones de tomar estas decisiones a partir de la catequesis que les ofrecemos? ¿Las obras que realizan manifiestan que son realmente cristianos convertidos?

Sin caer en el catastrofismo, pero siendo realistas, la respuesta que demos a estas preguntas nos exige revisar también la misma concepción de las primeras comuniones y del sacramento de la Confirmación. ¿Existe verdaderamente en

los niños y jóvenes que reciben estos sacramentos un verdadero conocimiento de lo que celebran? ¿Se quedan únicamente en los regalos, el banquete y la fiesta? ¿Conocen el significado de los signos que se realizan en estos sacramentos?

Tomando en consideración las enseñanzas del documento publicado por la Conferencia Episcopal Española sobre la necesidad de recuperar la colaboración de padres, parroquia y colegio en la formación humana y espiritual de los niños, hemos de seguir dando pasos en esta dirección. Entre otras cosas, debemos tener presente que los colegios religiosos surgen en la Iglesia para ayudar a los padres en la educación integral de sus hijos. Por tanto, también en su formación religiosa. La educación católica debe despertar en los alumnos el conocimiento de Jesucristo como modelo de vida libremente aceptado.

4.4 Garantizar la continuidad de la formación cristiana en niños y adolescentes

Los obispos, sacerdotes y catequistas experimentamos una cierta sensación de fracaso al comprobar que, una vez celebrados los sacramentos de la Eucaristía y de la Confirmación, la mayor parte de los niños y adolescentes huyen de la parroquia, abandonan la formación cristiana y las prácticas religiosas. Ante esta realidad, tendríamos que concluir que la catequesis de iniciación no suscita la fe. ¿Podemos seguir administrando estos sacramentos sin que exista una continuidad en la vivencia de la fe de quienes participan en los mismos o hemos de replantearnos la misma catequesis?

«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

Ciertamente, el ambiente social y la falta de colaboración de los padres en la formación cristiana de sus hijos tienen una gran influencia en este abandono de la catequesis. A pesar de las insistentes invitaciones de sacerdotes y catequistas para continuar el proceso catequético, tanto los padres como los niños tienen la sensación de que ya han cumplido con lo mandado y, por tanto, no necesitan nada más para seguir viviendo como cristianos.

Los mismos jóvenes actúan con este sentimiento pues, cuando contemplan los comportamientos de los católicos adultos, descubren que se puede estar en la Iglesia y seguir llamándose cristiano sin necesidad de participar en los sacramentos ni colaborar en las actividades pastorales de la comunidad cristiana. En estos casos, las vivencias religiosas no se comentan o, como mucho, se viven en la intimidad de la conciencia.

Por otra parte, como la catequesis está programada para un tiempo concreto y se imparte en ocasiones muy centrada en contenidos doctrinales, los jóvenes llegan a la conclusión de que ya han aprendido suficiente para la recepción de los sacramentos y, por tanto, cualquier propuesta ulterior sería una simple repetición de lo ya aprendido. No dejan de tener un sentimiento religioso, pero dejan de ocuparse de ello.

¿Cómo romper con esta práctica? ¿Qué podemos hacer para conseguir que niños y jóvenes que han recibido el bautismo, la Eucaristía y la Confirmación no rompan con su formación cristiana y continúen experimentando la necesi-

dad de seguir formándose cristianamente y participando en las actividades de la comunidad cristiana?

La respuesta no es fácil. Además, no hay recetas para responder a estas preguntas. No obstante, teniendo en cuenta lo dicho anteriormente, parece evidente que, si no hubo una verdadera conversión a Jesucristo, no puede haber continuidad. Si no existe la decisión firme y convencida por parte de cada bautizado de la importancia y de la necesidad de Dios como plenitud de sentido para su vida, antes o después se abandona el seguimiento de Jesucristo y la práctica de los sacramentos.

Además, hemos de asumir que la vivencia de la fe en soledad y aislados de los hermanos resulta casi imposible en nuestros días por la secularización y por las informaciones tendenciosas sobre la actuación de la Iglesia. Cada día es más urgente la creación de grupos o de pequeñas comunidades que ayuden a los jóvenes a permanecer como creyentes en un ambiente que es refractario a la fe. Todos necesitamos la ayuda de los demás para crecer como personas y como creyentes.

4.5 Buscar nuevos caminos para la catequesis

Ante las dificultades de los actuales procesos catequéticos para suscitar la fe en niños y jóvenes, tendríamos que plantearnos la búsqueda de nuevos caminos para su formación cristiana antes de la recepción de los sacramentos. Con la profunda convicción de que la iniciación cristiana de niños

«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

y jóvenes dará sus frutos en algún momento de su existencia.

La constatación de la secularización de la sociedad y la indiferencia religiosa de muchos bautizados nos están pidiendo que pongamos en el centro de la iniciación cristiana la dimensión espiritual sin olvidar, por supuesto, la dimensión doctrinal y litúrgica. Ninguna de estas dimensiones debe faltar en la acción catequética y todas deben articularse entre sí, pero las dimensiones catequéticas deberían estar al servicio del proceso espiritual de la fe por el que un creyente se va identificando con Cristo y creciendo en su relación filial con el Padre.

En todo momento hemos de tener presente que ni la Iglesia ni los cristianos podemos ir por delante de la constante acción del Espíritu Santo en las personas y en el mundo. El Espíritu es siempre el que mueve la libertad y prepara el corazón de los niños, jóvenes y adultos, para que acojan en su vida el misterio de Cristo y para que respondan con generosidad al mismo. Al referirse al primer anuncio, el papa Francisco señala que “el primer anuncio o kerigma debe ocupar el centro de la acción evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial. El kerigma es Trinitario. Es el fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre”³⁰.

³⁰ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 164.

MONS. ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

Los Obispos españoles ya señalábamos, el año 2014, la precedencia de la dimensión espiritual en el itinerario de la iniciación cristiana: “Así pues, en la iniciación, catequesis, liturgia y experiencia cristiana caminan juntas hacia un mismo objetivo. Conviene cuidar las tres dimensiones correspondientes e íntimamente correlacionadas: dimensión catequética, dimensión sacramental y dimensión espiritual; más aún, y dadas las circunstancias actuales desde el punto de vista socio-cultural y religioso, podemos decir que las dos primeras, más allá de todo automatismo, están al servicio de la dimensión espiritual, donde se fundamenta el proceso de conversión, el encuentro y la adhesión a Jesucristo”³¹.

En el proceso de iniciación, como en las demás actividades pastorales, hemos de partir de la centralidad del Espíritu y, por tanto, contemplar la misión de la Iglesia como lo que es realmente: sacramento de Cristo e instrumento del Espíritu. Esto nos exige dar un giro en los procesos de iniciación cristiana para pasar de una catequesis demasiado centrada en la transmisión de conocimientos y en la realización de actividades a una catequesis y a unos catequistas puestos al servicio del Espíritu.

Esto quiere decir que, aunque todo gire en torno al grupo de catequesis, el catequista tiene que hacer además un acompañamiento personal de cada niño o joven teniendo en cuenta que el camino hacia la madurez cristiana es siempre un camino personal. Quienes se integran en un proceso de

³¹ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Instrucción Pastoral, *Custodiar, alimentar y promover la memoria de Jesucristo*, (2014), n. 8.

«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

iniciación deben contar con este acompañamiento personal para discernir cómo el misterio de Cristo va transformando e iluminando sus vidas.

Por otra parte, es preciso que reflexionemos sobre los años previos al inicio de la catequesis, el tiempo que va desde el bautismo hasta que los padres piden la catequesis para sus hijos en la parroquia. Una comunidad verdaderamente misionera, no puede esperar a que los padres traigan a sus hijos a la catequesis. Los catequistas, los sacerdotes y las familias cristianas tendrían que conocer a los matrimonios jóvenes de la parroquia, saber sus necesidades, visitarlos, ofrecerles la colaboración y la ayuda de la parroquia, invitándolos a participar en las actividades parroquiales, especialmente en todo lo referente al despertar religioso y a la celebración del bautismo de sus hijos.

Si todos los expertos en pedagogía religiosa nos dicen que, durante los primeros años de la vida del niño, tiene lugar el despertar religioso y sabemos que eso no sucede, porque los padres no están preparados para ello, tendremos que promover alguna iniciativa desde la parroquia para convocar a padres y a niños, para dar gracias a Dios juntos por el don de la vida, para pedirle al Señor que nos ayude a todos a crecer como hijos de Dios. Ante una nueva realidad social, familiar y cultural, tienen que surgir nuevas iniciativas en una comunidad cristiana viva y consciente de su fe.

En ocasiones, impartimos la catequesis para la comunión y para la confirmación, pero no acabamos de asumir

que los sacramentos son la culminación de un proceso de formación cristiana y de conversión a Dios, es decir, la participación en los sacramentos no puede ser la meta de la catequesis. La razón fundamental de la catequesis es el seguimiento de Jesucristo y la formación de buenos cristianos, aunque para ello sea necesario la participación en los sacramentos.

El anuncio del Evangelio y la liturgia son elementos fundamentales de la evangelización, pero ambos aspectos quedan incompletos si no existe la vivencia de la caridad. Por lo tanto, tendríamos que intentar que los adolescentes y jóvenes, además de participar en la catequesis y los sacramentos, participen también en alguna actividad caritativa, conozcan la soledad de los ancianos, el sufrimiento de los enfermos y la pobreza de tantos hombres y mujeres para acompañarles en sus carencias y ayudarles a resolverlas.

4.6 Cuidar la preparación para el Sacramento del Matrimonio

Al analizar las dificultades para la transmisión de la fe a los niños y adolescentes, constatábamos que, además de la crisis de la institución familiar, el principal problema era la incapacidad de muchos padres para ofrecer a sus hijos las verdades de la fe y, sobre todo, para provocar en ellos el encuentro personal con Jesucristo. Algunos padres, aunque hayan contraído matrimonio canónico, no viven responsablemente su fe.

«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

Si queremos que los padres asuman su responsabilidad en la educación cristiana de sus hijos, tenemos que afrontar este problema con decisión y claridad en la acción pastoral. Esto nos obliga a hacer una revisión de la pastoral familiar, tanto en las parroquias como en la diócesis, para descubrir los aciertos y las lagunas en la preparación remota y próxima para la celebración del sacramento del matrimonio.

El papa Francisco nos recuerda que la pastoral familiar, como las restantes actividades pastorales, tienen que ser en “salida” y en “cercanía” a las familias: “Hoy, la pastoral familiar debe ser fundamentalmente misionera, en salida, en cercanía, en lugar de ser una fábrica de cursos a los que pocos asisten”³². En esta pastoral matrimonial, además de los sacerdotes, será necesario contar y formar a un grupo de matrimonios, adultos en su fe y experimentados en la vida familiar, que ayuden, acompañen y orienten a los matrimonios más jóvenes ante las dificultades que puedan experimentar en la vivencia del día a día.

En este acompañamiento a los esposos más jóvenes para que vivan su matrimonio como una vocación y, por tanto, como un proyecto a realizar, es preciso comunicarles de manera cordial y atractiva aquellos contenidos de la fe que les estimulen a comprometerse en un camino que dura toda la vida. Para ello, además de cuidar la oración personal y comunitaria de la familia, será preciso interesarse por ellos, estar atentos al nacimiento de sus hijos, acompañarles en el

³² FRANCISCO, *Amoris laetitia*, n. 230.

bautismo de los mismos y aprovechar cualquier oportunidad para un diálogo sobre la situación de la familia.

De este modo, al afrontar la educación de los hijos, los padres cristianos podrán plantearse la transmisión de la fe como algo fundamental y prioritario. La familia, además de ser el primer espacio de socialización de sus miembros y, más concretamente de los hijos, debe ser también el lugar en el que se ayuda a descubrir la hermosura de la fe, a rezar en comunidad y a servir al prójimo. Aunque la fe es un don de Dios, recibido sin mérito alguno en el sacramento del bautismo, los padres son instrumentos de Dios para la maduración y desarrollo de la misma en la familia.

La transmisión de la fe a los hijos, entendida ésta como desarrollo y crecimiento del don recibido en el bautismo, es una gran ayuda para que toda la familia se convierta en evangelizadora y empiece a transmitirla a todos los que se acerquen a ella. Sólo con una pastoral familiar cercana será posible lograr que las familias sean a la vez iglesias domésticas y, por tanto, fermento evangelizador en la sociedad.

Ahora bien, para la transmisión de la fe a los demás, se presupone la experiencia real de los padres de confiar en Dios, de buscarlo y necesitarlo. “Es fundamental que los hijos vean de una manera concreta que para sus padres la oración es realmente importante”³³. La Iglesia, por tanto, ha de valorar a los padres y madres como sujetos activos en la iniciación a la fe y en la transmisión de la misma a sus hijos.

³³ Ibid, n. 288.



«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

Sin duda, hemos de dar gracias a Dios porque en la diócesis y en las parroquias somos cada día más conscientes de la importancia de una buena pastoral familiar. En la actualidad, gracias a la colaboración generosa de la Delegación Diocesana de Pastoral Familiar, se están haciendo muchas cosas bien, pero podríamos hacer muchas más, si todos asumimos con ilusión la atención a la familia.

Conclusión

El ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, necesita de Él para descubrir el sentido de su existencia y para afrontar el futuro con esperanza. La constatación de la ausencia de Dios del corazón y de la vida de tantos hermanos nos obliga a ser audaces y creativos en la acción pastoral y a actuar con más generosidad y valentía en la transmisión de la fe a los indiferentes y a los alejados de la Iglesia.

El miedo a equivocarnos, las críticas de nuestros hermanos y la búsqueda de los propios intereses no pueden paralizar la misión evangelizadora ni frenar el ardor misionero. Por ello, asumiendo la urgencia de la necesaria renovación espiritual y de la sincera conversión pastoral, tenemos el deber de anunciar la salvación y el amor misericordioso de Dios a nuestros semejantes, pues Él quiere “que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (I Tim 2,4).

Esta es la misión que el Señor nos confía a todos los bautizados y hemos de vivirla con gozo y con esperanza, teniendo en cuenta que el cambio y la conversión de los demás

«EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU»

dependerán fundamentalmente de la acogida de la gracia divina, de la respuesta de cada uno a la llamada de Dios y de la fuerza de nuestro testimonio. Los santos y los mártires son quienes impulsan la expansión de la fe y el crecimiento de la Iglesia.

La Santísima Virgen permaneció siempre fiel a Dios, esperando el cumplimiento de sus promesas. Con su respuesta a la voluntad del Padre, nos enseña a vivir constantemente de la fe para permanecer disponibles a Dios, fiándonos de Él y sin ponerle condiciones. Que Ella nos ayude, con la intercesión ante su Hijo, a permanecer disponibles a la voluntad del Padre y a las necesidades de nuestros semejantes, actuando con docilidad a la acción del Espíritu y anunciando con alegría la misericordia de Dios a todos los hombres.

Con mi sincero afecto y estima, recibid la bendición del Señor.

+ Atilano Rodríguez
Obispo de Sigüenza-Guadalajara

15 de agosto de 2017
Solemnidad de la Asunción de la Bienaventurada
Virgen María